

LA SONRISA DE LOS MUERTOS

de

DANIEL PÉREZ NAVARRO

Capítulo 19

Pagué un billete

Pagué un billete de cercanías con destino a Kvalme. Cogí el último, a las 00.47. Ocupé un asiento cualquiera. Viajaba prácticamente solo en el vagón.

Después de varias carreras contra el reloj, por fin pude relajarme. De haber podido elegir otra combinación, habría hecho el viaje con menos agobio, pero no había otra manera de llegar a Kvalme antes de las 8.00. No quería llegar tarde a mi cita. No sé si debo o puedo explicar por qué. La cuestión era que aparecer después de las 8.00, para mí significaba bastante más que una falta de puntualidad.

A las 2.03, llegué a la estación de Kvalme. Fui el único pasajero que se bajó. El tren siguió su recorrido mientras yo arrastraba mi pequeña maleta hacia la estación.

Todas las ventanillas estaban cerradas, excepto una. Había una luz encendida, pero nadie a la vista. Tampoco descubrí letreros que informaran de las próximas salidas y llegadas. Lo único vivo era la pequeña bombilla, al fondo.

Caminé hasta allí. Un bulto arropado en la oscuridad se levantó de un sillón y me miró con fastidio. Hablamos y comprendí mi error. El tren de cercanías no salía cada hora. El último lo había hecho a las 22.40. El servicio se reanudaba a las 7.45. Si esperaba hasta entonces, llegaría tarde a mi cita.

Podía disculparme. Era probable que la tal Ophav aceptara mis excusas. Conocería los horarios de los trenes y entendería que yo no había podido llegar antes. Y sin embargo, era algo que para mí no estaba bien.

—¿No puedo llegar al pueblo de otra manera? —le pregunté.

—Sí, si tiene coche propio.

—¿Hay alguna bicicleta? ¿Tiene usted una que me pueda prestar?

Aquel tipo con sueño negó con la cabeza.

—¿Cómo es posible que los trenes lleguen a estas horas pero no salgan? —pregunté con irritación.

Yo me resistía a aceptarlo. El tipo parecía acostumbrado a oír las mismas quejas. Se encogió de hombros antes de responder.

—A mí no me lo diga. Ya sabemos que alguien ha puesto los horarios con el culo. Dígame qué pinto yo aquí. Me pagan por vigilar, creo, porque otra cosa no hago. Pero no soy un vigilante. ¿Cómo lo ve?

—Alguna forma habrá de salir de la estación. ¿Y un taxi?

—¿Un taxi? ¿En Kvalme? —rió entrecortadamente—. Los que vienen de la ciudad tienen cada ocurrencia.

Faltaban menos de seis horas para mi cita con la abuela del niño del diario.

—¿Cuál es el camino? —pregunté.

—¿Dónde quiere ir exactamente?

—A casa de una tal Ophav.

—¿Y pretende ir andando?

—Eso es. ¿Cuál es el camino más corto?

—La senda que cruza el bosque.

—Perfecto.

—¿De verdad piensa ir andando, de noche, por un bosque que no conoce?

—No puede ser peor que algunas calles que yo me sé —bromeé.

—Se perderá.

Frío. Oscuridad. Y la posibilidad de perderme. Pero ya lo había decidido. Caminaría hasta Kvalme.

—Hasta luego —me despedí.

—Se perderá —repitió con dejadez, como si lo diera por hecho y nadie

pudiera evitarlo.

Llevaba zapatos cómodos, pero no deportivos. Arrastraba el equipaje con la mano derecha. Alumbraba el camino con una linterna que sostenía en la otra mano. El tipo de la estación insistió para que me la llevara. En cuanto me adentré unos metros en la senda, comprendí que sin esa luz me habría resultado imposible caminar.

Los sonidos del bosque me resultaban indiferentes. El viento, las hojas de las ramas, mis pasos en la tierra. Me era ajena la sensación de miedo de las malas películas de terror. Por alguna razón, me sentí mejor que antes.

Topé con un par de cuestas que subí tirando del equipaje con ambas manos, a oscuras, ya que no tenía una tercera mano para la linterna. Al llegar a la cima, intenté ver la luz de las casas de Kvalme. No lo conseguí.

Había reaprendido a mirar el tiempo con un reloj. Pero no tenía buen ojo para las distancias. A las 3.25, deduje que llevaría recorridos unos seis kilómetros, pero no lo podía saber con seguridad.

¿Había escogido mal el camino? El bosque era un atajo, pero de haber seguido la carretera, me habría podido cruzar con algún coche que tal vez habría aceptado llevarme. Si hubiera elegido esa ruta, habría tenido que recorrer más kilómetros. Y probablemente ningún vehículo circularía a esas horas. Traté de convencerme con ese argumento y seguí caminando.

Por fortuna, se veía bien. Encontré un arroyo. Dos gruesos troncos hacían de puente. Pude cruzar sin mojarme.

Dudé entre detenerme o no. Temí que al sentarme le asaltara de golpe el cansancio y el sueño, por lo que decidí seguir.

Imaginé esa ruta por la mañana. La encontraría muy diferente. Como un paseo por el *Prater* de Viena. Solo faltarían los puestos de golosinas, la noria y el tiiovivo. La noria, escondida entre los árboles. La noria del bosque de Kvalme. Vistas de la ciudad a más de sesenta metros de altura. Una envidiable panorámica de los árboles. Teatros de marionetas dormidos entre la vegetación. Un puesto de helados junto al riachuelo que dejé atrás. Helado de chocolate a la menta, café y salchichas. Todo eso alumbraría el bosque por la mañana.

Las 4.40.

Cambié la maleta de mano, ya que la derecha la tenía dormida y me

dolían los dedos. Escuché entonces algo que llamó mi atención. Parecían pasos, un eco de los míos. Me detuve para escuchar mejor. Los pasos dejaron de oírse.

Reanudé la marcha y volvió el sonido de antes. Iluminé con la linterna pero no distinguí a nadie. Seguí caminando. No tenía miedo.

¿Un jabalí atravesaba el bosque como si tuviera preferencia de paso? Ni siquiera sé de dónde saqué la idea del jabalí. ¿Los había en aquella región? Tal vez osos. O elefantes blancos, transparentes como el hielo.

Con intermitencias, escuché los mismos golpes. Iban acompasados con los míos.

Me volví. Apunté con la linterna y distinguí la silueta de un perro. Podía tratarse de un mastín, o una raza parecida. Tenía orejas puntiagudas. Era muy negro. O esa noche lo parecía.

El animal se detuvo. Durante unos segundos permanecimos inmóviles. Yo, apuntándole con la linterna. El perro, mirándome.

De repente dio media vuelta, se adelantó unos metros y desapareció del radio de luz.

Reanudé la marcha. El eco de los pasos del perro. Sonidos que se desplazaban de delante hacia atrás y a mi derecha y que luego se situaron a mi altura.

Así caminamos un trecho, juntos.

Lo miré con el rabillo del ojo. Él y yo éramos los únicos que parecíamos existir a esa hora y en ese lugar. El perro parecía darse cuenta.

Dejó de guardar la precaución y distancia de antes. El animal, a mi derecha, empezó a entrar y salir del radio de luz, como un yoyó que se acercara y alejara.

El nerviosismo de cada pequeño gesto. El olor de la transpiración. La secreción de hormonas que yo desprendía. Todo eso le hablaba con claridad.

Permanecí en silencio. Esperé a que desapareciera la curiosidad que el perro debía de sentir por mí. No está acostumbrado a la presencia de extraños en el bosque a estas horas, se me ocurrió.

No se cansó. En un momento dado, sin premeditación, me detuve y dirigí hacia él la luz de la linterna. El perro se detuvo. Nos separaban unos tres metros. Vi su perfil. No era un animal doméstico.

Los hijos de los perros que guardaban los mataderos y entretenían a los guardianes. Animales que vivían en semilibertad, en granjas. Las personas guardaban cierta distancia con ellos. Suposiciones que atravesaron mi cabeza. No debes alarmarte, me dije.

El perro recortó la distancia. Casi podíamos tocarnos, pero no se mostró agresivo.

Agité la mano y grité.

—¡Fuera!

El perro no se movió. Repetí la advertencia y el animal reaccionó, se alejó unos metros.

Empecé a caminar deprisa. Lo noté en el trotar de mi acompañante. Si aquello era una guerra, ganaba el perro. Partía con ventaja. En el caso de que nos enfrentáramos, yo no sabría cómo defenderme. Si estuviera rabioso. Si fuera una mascota chiflada.

Marcaba las reglas. Yo me sentía un rival débil.

Llevaba una correa vieja sujeta al cuello. Supuse que debía pertenecer a alguien. Y ese alguien podía estar cerca y podía llamarlo. Quizá yo pasaba en aquel momento cerca de la casa de campo en la que vivía.

Ya está bien de suposiciones, me dije, es hora de que se marche por donde llegó. Volví a detenerme. El perro me imitó. Enfoqué la linterna directamente a los ojos del animal.

—¡Fuera, fuera! —repetí.

Miré el reloj. Las 4.55.

El tiempo pasaba despacio. Desde que apareció el perro, se había ralentizado.

El animal echó un vistazo a la maleta. Yo llevaba en ella algo de ropa, casi toda de abrigo, y mudas de ropa interior. Ni fotografías ni objetos personales. Un reloj barato de pulsera y una cartera con algo de dinero. Nada de comida que el perro hubiera podido olisquear.

—¡Fuera!

Obedeció. Se marchó. Pero solo unos minutos. Enseguida regresó y se situó de nuevo a mi derecha, a dos o tres metros de distancia.

Precipité el siguiente movimiento y volví a perder ventaja en aquella extraña partida. Giré la cabeza y le sostuve la mirada. No sabía cuánto tiempo

debía mantenerla. Pensé que si bajaba los ojos, me derrotaría, pero que si el animal agachaba la cabeza, yo ganaría.

No fue una buena idea. Debió entenderlo como un desafío y no le gustó.

Emitió un gruñido y enseñó los dientes. Retiré la mirada, pero tarde. El perro siguió gruñendo.

Busqué con la luz algo que pudiera servirme de ayuda. Cogí una rama del suelo. La podía emplear para golpearle si se acercaba.

El animal ladró.

Intenté tranquilizarme. Conté los pasos. Respiré con lentitud. Largas y profundas inspiraciones. Abrí bien los ojos. Miré al frente.

Me fijé en un árbol al que podía encaramarme. Estaba justo al lado de la senda, a mi izquierda. Con pocos movimientos, rápidos y ordenados, podía encaramarme a una de sus ramas.

No dudé. Solté el palo que había recogido y, con rapidez, llevé a cabo los movimientos que mentalmente había coordinado.

La maleta se quedó en el suelo.

El perro se detuvo. Me miró con curiosidad.

Gilipollas, me dije. No había nada malo en llegar a casa de Ophav después de las 8.00, menos aún cuando le relatara el problema de los horarios. Nadie me habría exigido ese disparate, recorrer a pie y de noche los kilómetros que me separaban de Kvalme.

El perro la tomó con la maleta. Primero mordisqueó las ruedas. Luego encontró un punto en el que hundir los colmillos. Abrió una brecha y sacó mi ropa. Se entretuvo en morderla y luego la esparció alrededor del árbol.

Maldije al animal. Pero cuanto más le gritaba, con más saña clavaba él sus colmillos en la maleta.

Oímos un silbido, a lo lejos. El perro levantó la cabeza. Durante unos segundos ni siquiera percibí el crujir de alguna hoja. Un segundo silbido cortó el aire y el perro se perdió en la oscuridad.

Esperé un par de minutos antes de bajar del árbol. Describí círculos con la linterna, como si alumbrara con un faro. Volvió el silencio y la soledad de una noche inverosímil.

Recogí la ropa del suelo, ensuciada y desgarrada. Hice un fardo con ella y la metí como pude en la maleta de viaje. Luego sujeté el roto con un cinturón.

La maleta daba botes, temblaba como si tuviera hipo. Pero era conducible.

Llegué a Kvalme a las 5.46.

Un pueblo callado, aletargado por la niebla. Me fijé en un edificio de estilo Biedermeier, de dos pisos. Las otras casas, rústicas, se contemplaban unas a otras a cierta distancia. Aceras estrechas para un tráfico inexistente. Un árbol en posición de firmes cada cinco metros. Todo me dio la bienvenida.

Encontré una cafetería abierta y entré en ella. No había clientes. Al otro lado del mostrador, un hombre alto y rubio, de mediana edad, escurría unos vasos mientras escuchaba la radio. Estaba tan absorto en su trabajo que tardó en percatarse de que yo había entrado en el local.

—Buenos días —saludé.

Levantó la cabeza, sonrió y me devolvió el saludo.

—Le esperaba —dijo.

—¿Me esperaba? —pregunté sorprendido.

—Me llamaron de la estación. Una historia curiosa, la de un tipo que llegó de madrugada y decidió venir caminando hasta aquí, en lugar de esperar la salida del primer tren.

—Sí, soy ese —estuve a punto de decir *ese loco*.

—Lo único que hay abierto tan temprano es esta cafetería. Por eso el que hacía el turno de noche en la estación decidió llamarme —explicó.

—Podía haber seguido mi camino en lugar de entrar en su cafetería— objeté.

—Pero está aquí. Y ahora va a tomar algo caliente que le repondrá.

Una maleta. Mi cara de cansancio. El aventurero del bosque.

No acababa de entender su lógica, pero olvidé el asunto. Ellos sabrán, me dije. Costumbres de pueblo.

—¿Qué le ha pasado a su maleta? —preguntó.

Le conté la historia del perro.

Me escuchó con atención. Cuando terminé, dijo:

—Escalofriante. ¿Sintió miedo?

—Al final. Cuando el perro empezó a gruñir, decidí subirme al árbol.

—Esta localidad es muy tranquila —me explicó—. Hay alguna casa de campo entre la estación y Kvalme, y perros, pero no es frecuente oír una

historia como la suya. Aunque también es verdad que a ningún viajero se le ocurre atravesar el bosque de noche. Me sorprende lo que me ha contado.

—Ya ha pasado.

—El perro podría haberle mordido. Si encuentra al dueño, él debería pagarle una maleta nueva.

—No me importa lo de la maleta.

Cambió el tema de conversación.

—El de la estación me dijo que viene a visitar a la vieja Ophav.

—Ya lo sabe —dije en un tono que venía a significar *métase en sus asuntos*.

—Aquí nos conocemos todos. Esto es muy pequeño —justificó.

Saqué de un bolsillo la dirección apuntada.

—¿Me puede indicar cómo llegar? —le pregunté.

No leyó el papel. Asintió con la cabeza y me explicó la manera de llegar a la casa en las afueras en la que vivía Ophav.

—Está cerca. Tardará unos quince minutos. Ophav hizo obras y la acondicionó para alquilar habitaciones. Turismo rural. Está de moda. Es una buena mujer. Estará a gusto en su casa. Viene a pasar unos días, ¿no? Senderismo, aire puro. Es lo que buscan los que vienen aquí.

—No sé cuánto me quedaré. Tal vez me vaya dentro de un rato, cuando hable con ella.

—¿Ophav tiene algún problema?

—No, no se preocupe. Es para hablar con ella de algo que pasó.

—Ya —dijo, como si comprendiera. Luego añadió—: Tenga cuidado con la forma en que le dice las cosas a la vieja. Ha sufrido mucho. Los quería. A su hijo, a su nuera y, sobre todo, a su nieto.

—¿Qué sabe usted?

—Lo que todos. Que los tres desaparecieron hace años. Fue una mala época, pero ya está olvidada.

—¿Qué recuerda usted de entonces? —pregunté.

—Nada especial. He oído historias, pero no sé si de verdad la cosa fue para tanto. A lo mejor dentro de un tiempo todo se aclara.

—Es curioso. Casi nadie recuerda que ocurriera nada especial. Pero desapareció mucha gente.

—Si de verdad hubiera sucedido algo monstruoso, lo sabríamos —
aseguró—. Es imposible ocultar algo así. Si nadie habla de ello es porque nada
hay que contar. ¿No le parece?

—No estoy seguro.

—¿Qué recuerda usted?

La pregunta me rompió, como si yo fuera un cristal.

¿Dónde había estado yo ese tiempo? ¿Por qué no me lo había
preguntado antes, mientras leía el diario? Había olvidado cómo se medía el
tiempo. Tuve que aprender a mirar de nuevo los relojes. Me angustiaba mi
relación a la deriva con Marta. Recordaba los triunfos y las derrotas de mi
editorial. Pero, ¿y el resto? ¿Dónde se había metido el resto?

Una mañana desperté y todo habría cobrado sentido otra vez: el sentido
que tenía el sinsentido, lo que preferimos olvidar. Un psiquiatra podía llamarlo
locura transitoria. Un poeta, hojas arrancadas de un diario.

—No hay mucho que decir.

—¿Lo ve? Yo tampoco tengo mucho que contar.

Me tendió un tazón con un líquido blanco, espeso, caliente.

—¿Qué es? —pregunté.

—Su desayuno. La especialidad de la casa.

—Pero ¿con qué lo prepara?

—Está muy bueno. Es lo que necesita.

—La receta es un secreto y no me lo va a decir.

—Si lo contara, los clientes lo prepararían en casa y no vendrían aquí.

—¿Quién es usted?

—Sorgen. Me llamo Sorgen.

Me apetecía mucho beberme aquello. Me agradaba el olor. Mi estómago
pedía que lo llenara.

—¿Hay muchos por aquí que pidan un especial? —pregunté.

—Solo los clientes especiales —respondió mientras sonreía.

Me lo tomé.

Mi estómago quería más, pero no le dejé repetir.

—Ya sabe dónde me tiene —dijo—. Cierro los domingos por la tarde y
los lunes. A cambio, soy de los más madrugadores. Sábados incluidos.

Me despedí y salí a la calle. La niebla se estaba levantando. Las calles

parecían despertar. Caminé por el campo hacia la casa de Ophav.

¿Para qué había llevado a cabo ese viaje? ¿Qué le iba a preguntar a Ophav cuando la viera? ¿Qué quería saber realmente? ¿Recopilaba información para un libro de zombis? ¿Era eso? ¿De qué trataban las aventuras de la segunda parte del Quijote? ¿Qué buscaba?

Qué busco. Qué hago aquí. Para qué he venido. Por qué hago esto. Por qué me escondo. Por qué hago sufrir a los que me quieren. Por qué no me conformo con sobrevivir. Por qué no cierro yo también los ojos.

A cada paso, escuché una pregunta dentro de mi cabeza.

—Fíjese. Les tengo dicho que la mía es de huéspedes, pero no hacen caso.

La fachada y el exterior de la casa de Ophav estaban muy limpios. Fue lo primero que llamó mi atención. No había nada que recoger del suelo. La vieja barría una entrada que parecía enmoquetada.

Me presenté. Le recordé que habíamos hablado el día anterior y que teníamos una cita a las ocho.

—Usted es nuevo. Bienvenido. Mi nombre es Ophav —dijo como si yo no lo supiera—. Perdona el desorden. Fíjese cómo lo han dejado todo los anteriores huéspedes. Querrá ver la habitación lo primero, ¿verdad?

La anciana hizo gestos para que la siguiera.

—Para usted, la número Uno —dijo mientras abría la puerta—. Yo vivo en la Dos, justo enfrente.

La habitación era sencilla y práctica. También luminosa. Una puerta daba a un pequeño aseo con plato de ducha. Una ventana con las cortinas descorridas, un aparador, un par de ilustraciones con motivos campestres, una mesa con dos sillas, una cama y una televisión.

—Tiene limitado el volumen —explicó Ophav—. Si le gusta escuchar la tele alta, tendrá que ponerse unos auriculares. ¿Qué le ha pasado a su maleta?

—La mordió un perro.

—La mordió y no la soltó, se cebó bien con ella. Menos mal que no se tiró a por usted. ¿Le gustan los gatos? Yo tengo diez en casa. Silenciosos, limpios, aunque delicados de alimentar. Les troceo hígado de pollo y de cerdo. Los puñeteros no quieren otra cosa, pero son adorables. Un gato no mordería así una maleta. ¿No tendría la rabia ese perro?

—No me mordió.

—Debería ir al médico. Tienen un programa de alerta para estos casos.

—Pero es que no me mordió —repetí.

Ophav paseaba nerviosa por la habitación. Revisó el funcionamiento de las persianas y pasó una mano por la mesa en busca de polvo. No parecía escucharme.

—No le daremos medicinas a su maleta, ¿verdad? De todas formas, yo iría al médico. Puedo pedirle hora para esta tarde, si quiere.

—No es necesario, gracias.

—¡Vaya agujero! ¡Fíjese! La ropa se le saldrá por ahí. También ha mordido la ropa. ¡Vaya con el perro! ¿Quiere que llame al médico? Puede examinarle hoy mismo.

La anciana no escuchaba. Decidí que intentaría hablar con ella más tarde.

Me venía bien descansar. Tal vez eso necesitaba, un par de días en el campo.

—Pediré hora para la consulta —dijo antes de salir.

Una vez a solas, me metí en la ducha. Alterné agua caliente y fría durante diez minutos. Luego salí y contemplé mi reflejo desnudo en el cristal de la ventana.

Deshice la maleta. Casi la mitad de la ropa estaba destrozada. La amontoné en un rincón, junto a la cama.

Miré el reloj. Las 7.40.

